

# Cero dramas

Marta Jiménez Serrano publicaba hace un par de años una primera novela, *Los nombres propios*, en la que ya demostraba que sabe cómo construir un relato, una voz, un personaje, y que es capaz de hacerlos crecer a todos de principio a fin aplicando distintas técnicas narrativas. Lo que en otros autores puede llegar a parecer un experimento, una investigación —esas cosas se notan, a veces interrumpen la lectura y logran el efecto contrario al buscado—, en *Los nombres propios* jugaba muy a favor de la trama, funcionaba muy bien.

Lo mismo ocurre con los relatos reunidos en su nuevo libro, *No todo el mundo* (de nuevo, en la editorial Sexto Piso). La escritora es capaz de llevar al lector de una perspectiva a otra dentro del mismo cuento, poniéndose y poniendo a quien lee en la piel de un personaje y luego de otro (un oponente, aunque se hable aquí de amor, porque ambos están luchando por dejar su testimonio y su vivencia como la verdad), probando maneras de contar las típicas historias de amor —o puede que ya no tanto, que se lo digan a esas madres y abuelas que aparecen por ahí, de fondo,



que ya no entienden nada de las relaciones posmodernas—. Y de desamor.

Las parejas se conocen, se juntan, conviven y se desjuntan, luego recuerdan. Recuerdan cómo empezó todo y cómo acabó. Intentan explicar qué hacen y por qué o por qué no y por qué no hay ni porqués. Se drogan o miran a otras personas, se preguntan por el pasado del otro o prefieren no hacerlo, aceptan cenas con los ex y cuidar de la hija de otra (el “mayor rastro” de las relaciones pasadas que se puede encontrar la nueva relación, explica), creen que conocer a los amigos de la media naranja es el paso definitivo. ¿O lo es irse de vacaciones? ¿Poner los



*No todo el mundo*, el nuevo libro de Marta Jiménez Serrano publicado en Sexto Piso

cepillos de dientes en el mismo vaso a compartir bacterias? A saber. Y, en todo caso, qué será eso de definitivo.

La mayoría de estas relaciones se acaban. Pero no sin que antes hayamos escuchado cómo cada parte ha vivido ese ascenso y caída. Es un ejercicio interesante ese de leer la versión de uno y de la otra, cómo se llega al momento de “tenemos que hablar” o “tenemos que dejarlo”. Lo curioso es que se llega, a menudo, con más facilidad y fluidez que a las

primeras citas, por ejemplo. Y se llega, al menos en los cuentos de Marta Jiménez Serrano, sin dramas.

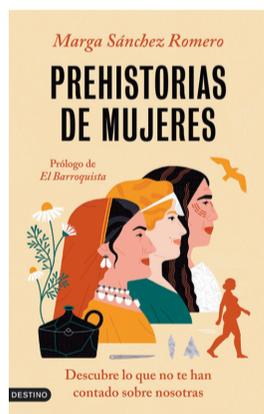
Lo son, claro, son los dramas de apostar todo a un número y de repente verse de nuevo sin nada, teniendo que volver a pasar por la casilla de salida (en lo que se refiere a la pareja, otra cosa será lo que cada cual aprenda por el camino). Pero aquí hay mucho humor. Ahí la gracia. Para muestra, “Lo de Verónica”, que cuantas más veces dice que

todo súperbien, más claro deja que de eso nada; y lo que repite que son decisiones de los dos, queda anulado por ese “lo suyo, lo suyo” que repite más aún. También se reafirma en que “debería ser sencillo siempre. Como que hemos naturalizado las relaciones tóxicas y el drama y tal, pero yo creo que el amor debería ser sencillo”. Ya, ya. Menos mal que después, muchas veces, te ríes.

Elena Sierra

# “Sin cazar se puede vivir, sin cuidados no”

Marga Sánchez Romero suele decir, en tono de broma pero con un fondo que es muy de verdad, que “nos hemos dedicado a contar la historia del individuo masculino adulto blanco heterosexual... y del Real Madrid”. Señalar así el hecho de que hay muchas historias de la Historia, por no hablar ya de la Prehistoria, que no se han contado. “Nos hemos dejado la mitad, toda esa información que nos pueden dar las mujeres, los mayores, las criaturas, los hombres que por lo que fuera realizaban otras tareas o tenían otras capacidades diferentes a esas que están representadas en el imaginario colectivo”. Esas, tal y como deja escrito en muchas páginas del libro *Prehistorias de mujeres* (Destino), son las de la caza y la guerra, dos que en algún momento se pusieron en el centro de todo. Se nos han descrito una y otra vez como el eje de la evolución. “Sin cazar se puede vivir”, nos recuerda esta catedrática de Prehistoria que ha hecho de la arqueología con perspectiva de género su trabajo. Sin guerrear también, de hecho se vive más; y por otra parte, la guerra es también exilio, po-



ner a la familia a salvo, hambre, otras violencias de las que las mujeres y los niños han sido protagonistas siempre.

Lo que sí que habría impedido la evolución es que no se hubieran realizado todas esas tareas que las mujeres hacen en exclusiva bien por su fisiología (parir, amamantar) o por el reparto tradicional (cocinar, cuidar, preocuparse del vestido, de calentar el hogar), que extiende sus tentáculos hasta hoy mismo. “A estas tareas se les da un mísero valor social cuando son fundamentales y cuando, además, tienen mucho de tecnología, de innovación, de conocimiento, de gene-



Marga Sánchez Romero publica *Prehistorias de mujeres* (Destino)

ración de bienestar”, explica la arqueóloga. “Se sigue reivindicando la imagen de la guerra en vez de valorar que sin cuidados no se puede vivir. Eso sí que es imprescindible”.

Pero es que, además, tal y co-

mo cuenta en el libro, las mujeres cazaron, pintaron en las cuevas, tuvieron poder y usaron armas, se movieron de acá para allá. Y explica que lo de leer ese pasado con estereotipos de género es, en realidad, un invento del

XIX que después de la II Guerra Mundial se vio reimpulsado. “Lo que interesaba en el siglo XIX era cómo se sostiene el poder, el conflicto, la guerra, y de ahí ese discurso que nace entonces y que se mantiene en el imaginario colectivo. Desde los años cincuenta del siglo pasado, lo que interesaba era que las mujeres volvieran a sus casas y de ahí que se reforzara el mito del hombre cazador y recolector”.

Dibujos, películas y libros han alimentado esas ideas... como las exposiciones de los museos, que ya tiene delito. En el de Almería, que es el que mayor presencia de figuras femeninas tiene, solo hay un 33%. “Y de ahí para abajo”. En el Arqueológico Nacional, un 25%, “pero al menos ahí están haciendo cosas, se muestra que fueron tan activas como los hombres”. No es algo “banal”: se transmite el mismo discurso sexista, “no basado en datos científicos”, de siempre. A Sánchez Romero la acusan a veces de hacer arqueología con ideología. Se ríe. “Claro, porque detrás de la manera de hacerla de siempre no la hay, jajaja”.

E. S.